

Reseña

A orilla de la carretera (Crónicas de Chilpancingo), de Vicente Alfonso. Universidad Autónoma de Nuevo León, 2021. 195 pp.

La crónica de la violencia social en el estado de Guerrero desde los años cincuenta ha dado textos claves que recogen la violencia endémica producto de la lucha por el poder y acceso a formas económicas que alejan de la más atroz marginación a grupos sociales extensos. Esta violencia ha chocado con una naturaleza exuberante y territorios de una fertilidad desbordante representada por el puerto de Acapulco y otras zonas del estado. Sin embargo, Guerrero ha sido el espejo más claro de la inestabilidad y de la disparidad social, la precarización y en épocas recientes un ejemplo recurrente de la violencia de Estado y de su concubinato con grupos armados dedicados al trasiego de enervantes, la extorsión, el secuestro y el asesinato. Cuando en otras entidades, el Estado se presenta y materializa en asistencia social, programas de desarrollo, servicios públicos, en Guerrero desde la década de los sesenta —si no es que antes— se presenta más fielmente como un Estado copartícipe de la violencia, el caos, la represión y la desaparición de luchadores sociales.

La situación histórico-política del estado sureño ha generado un número importante de obras que toman su natural ambigüedad al tener una de las zonas turísticas más atractivas y de afluencia a niveles internacionales, contrastando con zonas de la Costa Chica y la montaña de Ayutla como amplios territorios de pobreza extrema, marginación y, desde hace relativamente poco tiempo, centro operacional de grupos armados encargados del cultivo de la amapola y del látex. Es esta necesidad de narrar una realidad de contraste entre la riqueza y la pobreza y los movimientos armados que Carlos Montemayor en *Guerra en el Paraíso* (1991), Ricardo Garibay en *Acapulco* (1979) y Sergio González Rodríguez en *Los 43 de Iguala* (2015), recuperan el testimonio de las víctimas sobrevivientes, y en algunos casos de los ejecutores de estas acciones, para hablar de un estado de terror engendrado a la caída del llamado “milagro mexicano.” Es en esta tradición en donde se incrusta *A orilla de la carretera* de Vicente Alfonso, obra que mereció la distinción del Premio Carlos Montemayor de Crónica 2018 con su reimpresión por la editorial de la Universidad Autónoma de Nuevo León.

Apunto que la crónica de Alfonso también se añade a los extensos volúmenes acerca de la violencia como *Juárez en la sombra* de Judith Torrea (2011) y, al igual que Luis Arturo Ramos con *Crónicas desde el país vecino* (1998) y más recientemente *Mundo enfermo: Viajes infrarrealistas* (2021) de Enrique Diego

Osorno, toma el cronotopo del camino como un lugar privilegiado desde el cual narrar, a la *Blade Runner*, la distopía del presente mexicano.

A la orilla de la carretera comprende 37 textos, un prólogo y epílogo de diferentes extensiones que narran la estadía del autor y su familia en el estado y sigue las huellas de la novela *Guerra en el Paraíso* de Carlos Montemayor. De esta manera, la sombra de la masacre de Iguala, ocurrida el 26 de septiembre de 2014, está presente pero más como un enigma para pensar en la cuestión de por qué han sido posibles estos hechos en este estado. Es bajo esta rúbrica omnipresente de la violencia que el volumen se dedica a elucidar sobre los fines inmediatos de la obra que son tácitamente expuestos como “Pobreza, guerra sucia, desaparición forzada, deficiencia en servicios de salud, y educación, así como las formas de responder de la sociedad civil” (17). Y a la necesidad de mostrar “las limitaciones de la crónica de cubrir la complejidad de un terreno ‘tan problemático como Guerrero’” (19). En un lugar en donde la chismografía, el rumor y el silencio compiten con el discurso hegemónico, Vicente Alfonso usa *Guerra en el Paraíso* como guía para encontrar similitudes, diferencias y el origen del orden actual en Guerrero. De manera similar a la obra de Montemayor, los varios temas que reúne *A la orilla de la carretera* son conjuntados por un tema común: la violencia en Guerrero desde 1950. En ellas va trazando un regreso a *Guerra en el Paraíso* y a la lucha del estado oligárquico guerrerense con la guerrilla del Partido de los Pobres (PDLP) comandado por Lucio Cabañas. Su aporte es conectar con algunos de los actores principales sobrevivientes como el hermano de Lucio Cabañas, Pablo Cabañas Barrientos. Estos elementos de investigación histórica están bien elaborados.

Vicente Alfonso retorna al estado del que es originario imprimiéndole un valor personal y presencial a su narración, recurriendo a diversas estrategias, desde el testimonio de participantes, la narración directa basada en la experiencia de vivir por tres años en una de las ciudades más violentas de México, Chilpancingo de Los Bravo (Chilpo), o la de servirse de las crónicas previas para explicar un territorio contrastante. Ágilmente crea un vaivén entre narrar el presente y el pasado con base en la obra de Montemayor. El tiempo presente se caracteriza por ser producto anquilosado de diferentes ejemplos del rezago social. Una pugna entre Los Ardillos y Los Herrera por el tráfico de goma y amapola en el estado; el sobrevivir bajo la amenaza de la violencia personal o a la familia; la corrupción de los cuerpos. Muchas de las constantes que tenemos hoy en el estado tienen su origen en la Guerra Sucia en donde fueron ensayados diversos métodos del terror surgidos del manual de operaciones de la CIA. El régimen del terror se expresa de diferentes maneras y Alfonso establece nexos en el negocio de desaparecer testigos o elementos incómodos tanto para las diversas organizaciones del Estado y ahora para el crimen organizado que pugnan por territorios. De las prácticas del terror surgen temas crueles como lo demuestra el vocabulario insidioso “como ser marinero” o “andar de aviador” para hablar de los guerrilleros y líderes campesinos secuestrados y arrojados de los aviones de la SEDENA durante la Guerra Sucia al igual que se realizó en la Argentina en esta época.

El número de crónicas relacionadas a Chilpancingo y sus alrededores se centra en tópicos diversos como los servicios de limpieza; la incapacidad del Servicio Médico Forense por cuantificar los cadáveres; la violencia en comunidades cercanas y las acciones de los vecinos frente a los sismos. Se destaca una obra dedicada al Servicio Médico Forense y al número de cadáveres que no tienen cabida debido a la excesiva producción de muertos que no encuentran lugar en las otras morgues del estado y que no son reclamados por sus familiares. Algunos de los muertos son llamados por los empleados como “pedacería” y a esta se añadirán otras palabras como osteoteca, destino final hasta que sean reclamados por los familiares (21). La morgue y su presencia en la vida cotidiana del ciudadano del México presente es un tema amplio en una nación de desaparecidos, y la muestra de un aparato de justicia rebasado por la violencia que termina en la impunidad.

En la discusión acerca de Montemayor, acertadamente se asienta que el ejercicio del periodismo se convirtió en la primera víctima de la Guerra Sucia de los años setenta, cuando decenas de periodistas perdieron la vida por su trabajo, entre ellos Rosendo Serna, “Rosendillo”. Este hecho se replica en el presente con la muerte de Cecilio Pineda Brito, “ultimado también por dos sicarios el 2 de marzo de 2017 en un negocio de lavado de autos de Ciudad Altamirano” (28). Esta desaparición de periodistas por parte de grupos criminales es una forma recurrente de la guerra del terror. En otra crónica se señala como una amiga desaparece de “Chilpo” por unos meses cuando es amenazada por grupos locales. El terror no es ahora el monopolio del Estado y se encuentra en varias formas, entre ellas la extorsión a los conductores de vagonetas “van” que comunican la sierra. Así mismo se aborda el tema de los feminicidios como parte de la postguerra sucia, con su deseo de aterrorizar a las comunidades. Un ejemplo de ello está en la crónica “Junio alerta de género”, en el intento de homicidio de una periodista guerrerense y su consecuente autoexilio.

Como es bien sabido, Guerrero ocupa el tercer lugar de producción de heroína en el mundo. Con detalles, Alfonso narra los efectos de esta economía y la explotación de los campesinos, quienes no controlan ni la producción ni el precio de este cultivo. Al igual que en otras crónicas, se nos informa de prácticas del terror de las cuales se podría hacer un diccionario funesto. Los criminales no queman a los campesinos en su totalidad sino “los tateman” (153). La llamada “bola rayada” título que se le da al bulbo de la amapola que es rayado para que sangre el líquido blanco que se convertirá en el látex, es la alegoría para el estado de Guerrero que al igual que la flor, “se queda la bola tan solo con las heridas, como expresión fiel del extraccionismo” en donde el estado sirve para algo “y todos son felices, menos los campesinos” (137).

Hablar de prácticas represivas en un estado que se ha visto, desde mediados del siglo pasado, rebasado por la naturaleza y el número de actos delictivos modernos, y como el centro de estas acciones, puede correr el riesgo de convertirse en un tema trillado y al que algunos autores tienden a evadir. Después de todo, si de violencia se trata, la presente ola de violencia, desapariciones, terror, levantamientos y amedrentamiento contra periodistas,

miembros de las fuerzas armadas, policías y ciudadanos en general sobresale con respecto al resto de la nación. Por sí solos, los momios proporcionados en torno a las víctimas y las atrocidades perpetradas en el estado señalan la importancia de obras que aborden el tema.

Alfonso sigue a varios cronistas como Ricardo Garibay, quien en su crónica *Acapulco...* representa la división interna del intelectual frente al Estado. Era compañero de viaje de Luis Echeverría Álvarez (el asesino del 68). Garibay es amenazado de muerte por el gobernador de Guerrero en los setenta, Rubén Figueroa, mostrando la frágil estabilidad del éxito y la visibilidad. Se añade que, aparte de temer por su vida, como sucedió en un programa de televisión en donde incurrió con alarma, ya no regresó a Guerrero. Busca el contraste entre el glamur del concurso Miss Universo y la espantosa pobreza del estado.

El mundo de Guerrero tiene sus propias reglas y acciones que compiten con el más militante del realismo mágico, como la historia de Rogelio Ortega que, de ser guerrillero en los setenta, y después encarcelado, pasó a ser gobernador del estado. Este señala que la constante de los movimientos sociales incluyendo el de Lucio Cabañas se distinguen porque el estado guerrerense, como ejemplo del despotismo, no sabe escuchar y mediar. A Lucio Cabañas lo llaman el Profesor porque busca mediar y no es el carismático líder de la guerrilla beligerante, al estilo Fidel Castro o Che Guevara, de ahí más su valor al ser un hombre común.

La muerte sucia no es tan solo para personajes anónimos de la sociedad guerrerense se habla de la muerte de El Sid, nombre de un campeón mundial de boxeo y el hallazgo casual de su cadáver en el SEMEFO de la Ciudad de México. Muere de abusar de la cocaína y el alcohol, pero su hijo y nuera mueren acribillados en la noche en la montaña por miembros de la criminalidad.

Cabe una pregunta clave a lo largo del texto que es la situación de la escritura de la obra de Montemayor como una obra cuya hibridez la hace estar basada en la épica clásica para evadir y evitar los problemas que significaba escribir una crónica de guerra en esa época. También se hace clara la presencia de un militar desencantado con el Estado y los generales que se formaron en el PRI como ejemplos de la corrupción. Algunos hechos de guerra incluyeron la hambruna impuesta a la población civil al bloquear los pocos vasos comunicantes entre la ciudad y el pueblo. La incomunicación del Estado es base estructural de un poder de poder que segrega a todos a pertenecer y entrar en las ciudades, incluyendo el bombardeo de comunidades, pero el que más impacta es la desaparición forzada de 473 habitantes de la zona de Atoyac.

En las crónicas del presente se toma en cuenta los esfuerzos de la sociedad civil guerrerense en su capacidad de organización, coordinación y esfuerzo conjunto para combatir y revertir los ciclos de la violencia. En lo que rememoran otras crónicas notables está la de un terremoto que borró un pueblo en Morelos y al cual la población civil parece estar más preparada para realizar que el Estado que no sabe cómo actuar, y la crónica “La hora del temblor” de Carlos Monsiváis, en donde la población civil se presenta como agente de su propia autoayuda frente al paquidérmico y titubeante actuar de organismos oficiales como la SEDENA, la Policía Nacional, la Policía Municipal, etc. Un vuelco importante es también señalar

cómo chocan conceptos como Policía Comunitaria frente a las Autodefensas, la primera organización opera dentro del marco de la ley y es apoyada por fuerzas estatales específicas mientras que la segunda se degenera como potencial agente de los grupos criminales.

El lector encontrará en *A orilla de la carretera* un ejercicio escritural bien llevado, con amplia documentación y un texto que liga esas violencias de la Guerra Sucia que germinaron y produjeron sus secuelas en un estado de terror contemporáneo. Tanto el estudioso del género de la crónica, los violentólogos, la ciudadanía común y el literato interesado en los derechos humanos encontrará en esta obra un documento valioso, legible e interesante. Es debido a este valor intenso de esta obra que Elena Poniatowska resalte la contribución indudable de Vicente Alfonso al estudio e intento de entender un género cronístico que se ha venido incrementado en años recientes como referente de los desencuentros más brutales entre Estado y sociedad civil en el país. El intento de Alfonso se nutre de una mutua necesidad imperiosa entre el Estado y la sociedad: “escribir escuchando”, como señala John Gibler en su necesaria y oportuna contribución a la crónica de la violencia en Guerrero.

Miguel López Lozano
miglopez@unm.edu
University of New Mexico